



### CAPÍTULO III

#### EL CLASICISMO EN LA POESÍA LÍRICA (CONTINUACIÓN)

Marchena, Sánchez Barbero, Beña, Saviñón, Rosa Gálvez y Mor de Fuentes; González Carvajal, Colomer y Villanueva; Vargas Ponce, Arriaza y Jérica; Musso, Solís, Pérez de Camino, Burgos, Somoza y Tapia; D. Juan G. González, Fernández Guerra, Castillo y Ayensa y Rementería.

**Q**UEZCLADO con el siniestro recuerdo de las orgías revolucionarias y los aullidos de las turbas parisienses en la memorable hecatombe del 93, aparece un nombre español de funesta celebridad: el del clérigo D. José Marchena (1768-1821), emigrado á Francia en busca de la libertad religiosa, que no podían encontrar en nuestro suelo sus ideas demagógicas, bebidas en la lectura de los pseudo filósofos del pasado siglo, y profesadas por él con la violencia propia de su temperamento meridional <sup>1</sup>. No perteneciéndonos juzgar ni sus obras en prosa, ni sus trágicas aventuras políticas, sólo hemos de considerarle como

<sup>1</sup> En la *Historia de los heterodoxos españoles* (tomo III, libro VI, cap. IV; III), por el Sr. Menéndez Pelayo, va incluido el estudio más cabal que hasta el día se ha hecho sobre Marchena y sus obras.

poeta castellano, y en verdad que lo fué de muy vulgares condiciones á despecho de lo que creía su desmedido orgullo.

Una traducción en verso libre y hasta hoy inédita de Lucrecio <sup>1</sup>, otra de las cartas de *Abelardo y Heloisa*, bautizadas por su inventor Pope con el nombre de *Heroidas*, á ejemplo de Ovidio; tal cual imitación de los poemas ossiánicos inserta en las *Variedades de Ciencia, Literatura y Artes*, revista madrileña de principios de este siglo, y dos ó tres composiciones originales de mediocre inspiración, forman el heterogéneo catálogo de sus obras poéticas, que él citó en una antología española publicada más tarde (*Lecciones de Filosofía moral y elocuencia*) como modelos comparables á los de nuestros clásicos. Se engañó completamente en su juicio; pues faltándole á partes iguales la serenidad y el vuelo de la fantasía, la grandeza de alma y la finura de oído, ni aun llegó á versificador decente, cuanto más á poeta, y poeta de tan alto vuelo. Sin entrometernos á calificar el manuscrito de sus poesías inéditas, cuya publicación medita un escritor francés, podemos decir en absoluto, juzgando por las conocidas, que Marchena debió sus pocos aciertos á la erudición, rarísima vez al impulso interior del entusiasmo.

La traducción de Lucrecio no desmiente por las señas el juicio que dictan las obras posteriores; la conocida heroída

En este silencioso y triste albergue. . .

no ha encontrado hasta el día dueño seguro é indiscutible, y aun cuando lo fuese él, en nada aumentaría sus lauros de poeta; los fragmentos de la composición *La Patria á Ballesteros* no sirven más que para cono-

<sup>1</sup> La posee y juzga ampliamente el autor de la obra mencionada (tomo III, págs. 370 y siguientes).



cer su ardiente pasión republicana. Queda en pie su canción *A Cristo crucificado*, que con aire de superioridad desdeñosa colocaba Marchena muy por encima de *Los Mártires* de Chateaubriand. Pero poco significan los diamantes robados al tesoro de nuestros místicos en el acervo de guijarros de que está empedrada, ni los versos rotundos de las dos primeras estrofas junto á otros de tan perversa factura como el siguiente:

¿Do los blasones que te envanecían?  
.....

para no hablar de violentísimas construcciones é intolerables prosaísmos,

Iguales los cristianos  
Y libres vivirán siempre sin sustos;  
El Cristo reinará sobre sus justos  
.....

¿Y á esta serie de vulgaridades, tan desabrida y enfática daba Marchena el título de poesía religiosa?

Harto más abundante vena poseyó el también insigne humanista D. Francisco Sánchez Barbero, quien si á par del apóstata andaluz escribía mejores versos latinos que castellanos, manejó estos mismos con facilidad y gallardía, aunque careció de la cordura suficiente para no tocar asuntos superiores á sus fuerzas. Su elegía *En la muerte de la Duquesa de Alba* ofrece abundantes rasgos de emoción sinceramente patética, imágenes nuevas y atrevidas que le valieron los calurosos elogios de Quintana; sólo que las deplorables caídas, la desigualdad de estilo y el abuso de la descripción la enervan y desfiguran. Esto no equivale á justificar la cruel y anatómica disección que hizo Hermosilla de algunas estrofas con el aplomo pedantesco y las exageraciones de costumbre. Las odas *A la batalla de Trafalgar* son también palabreras y desmayadas, á pesar del tono hiperbólico y las continuas após-

trofes que el poeta derrocha inútilmente. ¡Cómo duele el ver, tras la limpieza y la noble elegancia de la primera parte, sucederse los conceptos dislocados ó vacíos, las frases hinchadas y de mal gusto, los *dos mil volcanes de rabioso fuego* y las *doce mil muertes que sin cesar rodean!* El recuerdo de Quintana sobre todo, y la comparación de su excelso canto con los de Sánchez Barbero, hacen perder la paciencia y desear que sólo se hubiese consagrado *uno*, el que conocen todos los españoles, á aquel glorioso desastre. *El patriotismo ó la nueva Constitución*, ditirambo frenético <sup>1</sup> que su autor leyó en los Estudios de San Isidro de Madrid dos años después de promulgarse el código de 1812, reclama por única mención el silencio.

No lo extenderé á la multitud de versos satíricos, trabajados en buena parte entre las amarguras del destierro, y de los cuales se leen con gusto *Los gramáticos*, *Los viajerillos* (en forma dialogada) y la epístola *A Ovidio*, mezcla de jocosa y sentimental. Las cantatas de Sánchez Barbero (de que incluyó muestra en su *Retórica*) son de las primeras escritas en España á imitación de Metastasio, mayormente la que tituló *La viuda del soldado*.

Don Cristóbal de Beña fué uno de tantos patriotas ilusos como pululaban por todas partes en las primeras décadas del presente siglo, de los que saludaron con frenética pasión *la aurora de la libertad*, como ellos decían con palabras sacramentales. Sobresalía Beña por la gracia y la facilidad de repentista, lo cual, unido á la violencia de sus opiniones políticas, bastó á crearle un renombre muy superior á sus talentos. Las fábulas, en que roba á La Fontaine, Iriarte y demás

<sup>1</sup> Incluye algunos versos de él Mesonero Romanos en las *Memorias de un setentón*; pero ya lo había confiado íntegro al colector de los *Poetas líricos del siglo XVIII*, donde se publicó algunos años antes (tomo II, pág. 567).



cultivadores de la misma sus narraciones y argumentos, dándoles nueva aplicación práctica, pecan alternativamente, ya por desaliño, ya por exceso de adornos: no aprendió nunca Beña la candidez maliciosa de los buenos fabulistas.

Sus cantos patrióticos, no coleccionados por el Marqués de Valmar, cansan, es cierto, de puro repetir unas mismas ideas; pero separadamente rebosan de energía tan varonil como la de estas palabras con que apostrofa la *Libertad* á los españoles:

.....  
 Muerte y venganza con igual esfuerzo  
 Jurasteis animosos por la sangre  
 De Daoiz, Velarde y otros ciento,  
 Víctimas generosas de la patria,  
 Que no existiera si viviesen ellos.

Nunca se encarecerá bastante la hermosura de este último endecasílabo. Pudiera citar alguna otra composición ignorada, y que he llegado á leer en obras de escasa ó ninguna circulación; pero recelaría hacerme pesado sin necesidad.

Como ejemplar de los himnos en que se desahogaba el entusiasmo patriótico merecen transcribirse algunas estrofas de D. Antonio Saviñón, puestas en música y cantadas en el primer aniversario con que se celebró en Madrid el gloriosísimo 2 de Mayo de 1808 <sup>1</sup>:

*Renovando la augusta memoria  
 De aquel día de luto y de espanto,  
 Hoy sucedan al fúnebre llanto  
 Ledos himnos de grato placer.  
 Y laureles de eterna victoria  
 Den honor á las víctimas fuertes,  
 Que, muriendo con inclitas muertes,  
 Libre á España lograron hacer.*

<sup>1</sup> En las precitadas *Memorias de un setentón* (tomo I, capítulo VIII) las publicó todas por primera vez Mesonero Romanos.

## I

Aun resuena confuso al oído  
 El crujir de las armas feroces;  
 Aun se miran los hechos atroces  
 Con que al pueblo el tirano irritó;  
 Y se escucha el fatal alarido,  
 Y del bronce el estrépito hueco;  
 Pero á par zumba plácido el eco  
 Que ¡venganza! implacable gritó  
 Renovando, etc.

.....  
 .....  
 .....

## VI

Esos restos de tanto valiente  
 Que recibe la gloria en su templo,  
 Sean siempre dignísimo ejemplo  
 De valor é indomable tesón.  
 Si otra vez un tirano insolente  
 Los derechos de España derrumba,  
 Se alzarán de la cóncava tumba  
 Por vengar otra vez la nación.

*Renovando, etc.*

Las aptitudes líricas de Rosa Gálvez, pomposamente exageradas por la galantería de sus contemporáneos, se movieron, por lo común, en la elevada esfera de la oda heroica y altisonante, imitando muy de lejos el estilo de Quintana. El desdén de la posteridad (que alcanza igualmente á sus obras dramáticas) no ha sabido disimular los defectos de escuela, ni atender al influjo de las circunstancias, que tan frecuentemente se invoca en descargo de otros ingenios quizá de menos valor, porque algo bueno puede escogerse en las obras de nuestra poetisa <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Obras poéticas de Doña María Rosa Gálvez y Cabrera*. Madrid, 1807, tres tomos.



Más que de las innumerables con que hizo gemir los tórculos el incansable polígrafo D. José Mor de Fuentes <sup>1</sup>, hombre de grandes conocimientos y singularísimas opiniones literarias, censor terrible de obras ajenas y apologista acérrimo de las propias, que son muchas y en general detestables. Tradujo las odas de Horacio, cuyo texto interpreta y conoce como pocos; pero sin pasar de ahí, ni evitar las caídas de sus composiciones originales, porque á nada de eso era capaz de someterse su índole estafalaria é indisciplinable. Desde sus traducciones (hizo también alguna del alemán) y sus primeros ensayos hasta los poemas que dió á luz posteriormente (*Las Estaciones, Bilbao*, etc.), apenas se modificaron sus pícaras tendencias al lenguaje enmarañado y pedestre, que le dejan á solas con su erudición y su pobrísimo numen. Pues aunque parezca mentira, este mediano versificador alcanzó en Francia distinciones con que no pudieron soñar nuestros grandes poetas, sin duda por no escribir odas *políglotas*, único medio para hombrearse con Mor de Fuentes en la materia (!!). Así nos conocen y así nos juzgan los orgullosos vecinos, cuyas huellas nos gloriamos de seguir ahora lo mismo que entonces, porque ni de una ni de otra parte se piensa en variar el procedimiento.

Para apreciar lo que fué en los primeros años del siglo presente la inspiración religiosa, presentaré tres poetas en quienes se conocerá cuán desmayada y trivial la dejaron los vientos de la revolución enciclopedista, y cuanto se habían empobrecido aquellas corrientes donde se saciaban las sublimes nostalgias de Fr. Luis de León, San Juan de la Cruz y Santa Teresa, Prescindiendo de la escuela sevillana, cuyas cualidades

<sup>1</sup> Léase el curioso artículo que le consagró D. Gaspar Bono y Serrano en la *Revista de Ciencias Literarias y Artes* de Sevilla (tomo III).

determinamos en el capítulo anterior, se nos ofrece en primer término el sabio traductor de los libros poéticos de la Biblia, D. Tomás González de Carvajal, nacido en la ciudad de San Fernando, pero de ideas literarias tan opuestas á las de Lista, Reinoso, Núñez y Roldán, que combatió encarnizadamente las mejores obras de aquella juventud entusiasta, oponiendo á su estilo fogoso y al de su común modelo Herrera, el admirable y dulcísimo de Fr. Luis, hacia quien sentía una veneración sin límites. Como él erudito, como él enamorado de la sencillez clásica, y al mismo tiempo de la majestad oculta en la poesía de los libros santos, trasladó Carvajal con gran pureza los llamados poéticos, sin apartar los ojos de su excelso predecesor y guía <sup>1</sup>, pero también sin asimilarse el espíritu confortante y generoso del original, para lo que se requiere un alma como la de Fr. Luis de León, no fría y vulgar como la del académico sevillano.

En sus imitaciones directas *Al Espíritu Santo, A San Fernando, En la revolución francesa, A Santiago, Patrón de España*, y otras odas por el estilo, corre aún más tibia y desorientada la musa de González Carvajal, que no acierta con la serenidad plácida del insigne maestro sin dar muchas veces en las sirtes del prosaísmo. La invocación á Santiago es de lo más tolerable, aunque no tarda el tono en decaer lastimosamente:

Acorre, hijo del trueno,  
Acorre de tu España á la cuita;  
Mira cerca el veneno,  
Mira cómo la incita.  
El galo que en su error se precipita.

Igualmente es más de loar el buen intento que la

<sup>1</sup> *Los Salmos traducidos nuevamente en verso y prosa*. Valencia, 1819. En 1827 salió á luz también en Valencia el tomo VI de la obra, que contiene algunos cánticos del Antiguo y Nuevo Testamento y los Trens de Jeremías. Los demás libros poéticos de la Biblia (Cántico de los Cánticos, Profecía de Isaías, Libro de Job) se publicaron en Madrid de 1829 á 1832.



ejecución en las composiciones religiosas del P. Vicente Martínez Colomer<sup>1</sup>, cultivador fácil del género, pero á la manera que podía esperarse de un talento nada extraordinario y dirigido por la tradición artística del siglo último, tan estéril como doctamente razonadora. Maneja Colomer el romance con relativa destreza, y hasta al hexasílabo logró darle la rapidez y armonía de que carece en muchos de nuestros buenos poetas. Si él no llegó á merecer este título, supo á lo menos emplear noblemente sus facultades, manteniéndose aislado del tumultuoso movimiento que todo lo trastornaba en derredor suyo.

Valenciano también (como nacido en Játiva) era el doctor D. Joaquín Lorenzo de Villanueva, cuya inclinación á las musas, descontando una tentativa de sus primeros años, fué tardía en extremo, y despuntó, como él mismo dice,

..... de la erguida cima  
Al declinar la cuesta,  
En que mi edad cansada  
Rayara en los setenta,  
Cuando en albor al pico  
De la nevada sierra,  
Mis mal peinadas canas  
Exceden, no semejan.

Podría sospecharse que las agitaciones de su vida pública fecundaron en el alma de Villanueva el germen oculto de la inspiración lírica; pero con sus versos no consiguió otro resultado que el de entretener los ocios de una ancianidad triste y llena de punzadores recuerdos. Si, como parece, pretendía Villanueva imitar la estrofa lírica de Fr. Luis de León, conforme imitó sus diálogos en prosa, el engaño y la semejanza no pueden ser mayores: su canción *El espíritu* contiene en cambio algunos tercetos de un misticis-

<sup>1</sup> *Poesías*, Valencia, 1818

mo psicológico demasiado sutil, pero jugoso y profundo. Cuando rompe las ligaduras del consonante, corre menos premioso y difícil el período poético, por lo que quizás Villanueva nos hubiese legado una decente serie de romances sin el prurito de la obscuridad arcaica que los envuelve como espesísima nube.

La sátira estuvo siempre en gran predicamento entre los partidarios del neoclasicismo, y en España no decayó apenas, desde Hervás, Forner y Moratín el hijo, hasta sus tres continuadores, Vargas Ponce, Arriaza y D. Pablo de Jérica.

Los estudios variadísimos y *de omni re scibili* en que se emplearon la laboriosidad y mucho saber de D. José de Vargas Ponce, no han valido juntos á su celebridad lo que la deliciosa *Proclama de un solterón*. Juzgándola según el texto corriente, corregido con admirable tacto por D. Juan Nicasio Gallego, hay que colocarla entre las joyas del Parnaso español, y como tal figura hoy con derecho, hoy que se han desvanecido las preocupaciones contra su autor, embotándose los dardos de Forner y Miñano, que consiguieron hundir momentáneamente en el olvido<sup>1</sup>, junto con los peores engendros de Vargas Ponce, este su incontrovertible título de gloria. La *Proclama*, á pesar de componerse á trechos de retazos pertenecientes á los satíricos extranjeros y nacionales, á Juvenal, á Boileau y á Quevedo, lleva, en la igualdad desafectada y en el sello constante de su estilo, la mejor ejecutoria de propiedad y el argumento último contra toda acusación de plagio. Nada de crudezas juvenalescas, ni de austeridades al modo de los Argensolas; nada que recuerde á una escuela hallaremos en Vargas Ponce; pero sí gracias y sales á torrentes, compenetración de ideas y de lenguaje igualmente animados, vivos y espontáneos; jue-

<sup>1</sup> Hablo de los efectos, y no de las intenciones, porque suponerlas en el primero sería evidente anacronismo. La *Proclama de un solterón* se imprimió por primera vez en 1808.